

CRISTINA PALOMAR VERA

## HISTORIA Y REPRESENTACIÓN DE LAS MUJERES

DUBY, Georges. *Mujeres del siglo XII*. Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1995.

Georges Duby es profesor del Collège de France y uno de los historiadores actuales de mayor importancia dentro y fuera de Francia. Ha publicado numerosos libros sobre historia medieval, campo en el cual es especialista. Se inscribe en la línea de trabajo de la historia de las mentalidades, en la que ha producido diversas obras.

En 1987, Vito y Giuseppe Latterza le solicitaron a Duby, y luego a Michelle Perrot (profesora de Historia Contemporánea en la Universidad de París VII-Jussieu), la elaboración de una obra fundamental, *la Historia de las mujeres*, editada en español por Tau-

rus (Madrid) en 1991. En la introducción de esa obra monumental, coordinada por ambos investigadores, se plantea la siguiente pregunta: ¿qué se sabe de las mujeres? y señalan:

Las huellas que han dejado promueven menos de ellas mismas [...] que de la mirada de los hombres que gobiernan la ciudad, construyen su memoria y administran sus archivos. El registro primario de lo que hacen y dicen está mediado por los criterios de selección de los escribas del poder. Estos autores, pues, están advertidos de que la relación entre los sexos deja su impronta en las fuentes de la historia y condiciona su densidad desigual. La historia de las mujeres, señalan, es la de su acceso a la palabra, mediada por los hombres que, a

Duby, Georges y Michelle Perrot, "Introducción", en *Historia de las mujeres*, t. I, Taurus, Madrid, 1991, p. 7.

través de diversos medios, se esfuerzan por hacerlas entrar en escena. Tienen muy claro que toda intervención, cada modo de expresión, deben situarse en su lugar y su momento y compararse con las formas masculinas. "Hablar, leer, escribir, publicar: toda la cuestión de las relaciones entre los sexos en la creación y en la cultura subyace a las fuentes mismas".

Esta *Historia de las mujeres* es una obra importante ya que ilustra una voluntad de saber hasta entonces inexistente. Escribir la historia de las mujeres supone tomarlas en serio, otorgar a las relaciones entre los sexos un peso en los acontecimientos o en la evolución de las sociedades. Y es con esta misma inspiración, y con estos mismos presupuestos, con los que Georges Duby escribió el libro *Mujeres del siglo XII*, en el que, a partir de la figura de siete mujeres signi-

ficativas en esos momentos, trabaja cómo es que se elaboran cuestiones relativas a lo que se entendía por "mujer" y por "femenino", colaborando de esta manera a la comprensión del género como aquello que norma, regula y da cuerpo a los significados atribuidos a la sexualidad en una sociedad determinada.

Es importante trabajar la historia de las mujeres con la mirada que logra captar y dejar ver cómo las categorías de género varían a lo largo del tiempo, y con ellas los territorios sociales y culturales asignados a mujeres y a hombres. En muchos periodos históricos, las percepciones populares respecto al temperamento del hombre y de la mujer han cambiado significativamente, y estos cambios han sido acompañados por la reformulación de las fronteras sociales.

Georges Duby, en *Mujeres del siglo XII*, trata de ver quiénes eran en el siglo XII y en Francia esas mujeres a las que llamaban damas porque se

\* *Ibidem*, p. 107.

habían casado con un señor, conocer qué destino era el suyo en su mundo, el "bello mundo", en los escalones superiores de la sociedad brutal y refinada que conocemos con el nombre de feudal.

Sin embargo, Duby sabe de la imposibilidad de conocer de manera directa lo que se quiere estudiar, lo inaccesible de "lo realmente vivido"; sabe que para el historiador las mujeres de esos tiempos remotos no tienen ni rostro ni cuerpo y que las representaciones de ellas son símbolos consecuentes con las fórmulas establecidas. Por lo tanto, trabaja sobre textos, sobre escritos, que toma como reflejos de los significados de un momento. A través de estos testimonios escritos centra su interés en la imagen que proporcionan de una mujer y, a través de esa imagen, de las mujeres en general, la imagen que el autor del texto se hacía de ellas y que quiso entregar a quienes lo escucharon.

Pero en ese reflejo, la realidad viva está inevitablemente deformada, y ello por dos razones: porque los escritos que datan de la época de estudio -y, en el espacio francés ese carácter no ha cambiado antes de finales del siglo XIII- son en su totalidad oficiales, lanzados hacia un público, nunca replegados hacia la intimidad, y porque están escritos por hombres.

El autor reconoce que es posible reconstruir un sistema de valores a partir de las palabras proferidas en voz alta e inteligible, y reconocer el lugar que tienen las mujeres a partir del poder masculino. Porque, en efecto, al mundo de lo masculino pertenece, en esta sociedad completamente oficial, todo lo que compete a lo público, empezando por la escritura. De ese tiempo, sólo los hombres son algo visibles; y ocultan el resto, sobre todo

<sup>1</sup> Duby, Georges. *Mujeres del siglo XII*. Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1995, p. 111.

a las mujeres. Ciertamente que algunas están ahí, pero representadas, simbólicamente, por hombres que, además, pertenecen en su mayoría a la Iglesia, y están obligados por tanto a no acercarse a ellas demasiado. Las damas del siglo XII sabían escribir, y sin duda mejor que los caballeros, sus maridos o sus hermanos. Algunas escribieron y tal vez algunas hayan escrito lo que pensaban de los hombres, pero de la escritura femenina no subsiste casi nada. No aparece nada femenino sino a través de la mirada de los hombres.

De esta manera, DUBY nos recuerda que antiguamente, tanto como hoy, las sociedades muestran sólo aquello que consideran pertinente. Sin embargo, lo que se dice, y sobre todo tal vez lo que no se dice, permite vislumbrar sus estructuras.

De la primera mujer que se ocupa es de Leonor de Aquitania, heredera del duque de Aquitania, casada primero con el rey Luis VII de Francia y

después esposa de Enrique Plantagenet (conde de Anjou, duque de Normandía y rey de Inglaterra); madre de Ricardo Corazón de León (hijo de Enrique Plantagenet y su sucesor), y de Juan (que se convirtió en rey en 1199).

Esta mujer fue una fuente enorme de leyendas y rumores, algunos de los cuales fueron recogidos en nueve de las obras históricas compuestas entre 1180 y los años 1200, obras que se conocen y que proporcionan lo que se sabe de ella: "Cinco tienen por autores a ingleses, porque en Inglaterra se escribía entonces la buena historia. Todas son obra de gentes de Iglesia, monjes o canónigos, y todas presentan a Leonor bajo una luz desfavorable".<sup>4</sup> DUBY encuentra que esto obedece a cuatro razones: la primera tiene que ver con que se trata de una mujer, que representaba para esos hombres una criatura esencialmente mala, por quien penetra el pecado en

<sup>4</sup> *Ibidem*, p. 19.

el mundo. La segunda tiene que ver con su filiación: era nieta de Guillermo IX, un príncipe trovador, personaje de innumerables leyendas y representado como alguien frívolo e inmoral. La tercera era haber sido una mujer divorciada, y la cuarta, haberse sacudido la tutela de su marido y levantado contra él a sus hijos.

La cuestión es que Leonor ha sido representada unas veces como tierna víctima de la crueldad fría de un primer esposo, insuficiente y limitado; de un segundo esposo, brutal y voluble; otras, como mujer libre, dueña de su cuerpo, que se enfrenta a los sacerdotes y desprecia la moral de los mojigatos, protaestandarte de una cultura brillante, alegre e injustamente ahogada, la de Occitania, frente al salvajismo gacemoño y la opresión del Norte, pero siempre enloqueciendo a los hombres, frívola y burlándose de ellos. "No sólo veleidosa, por entregar su cuerpo de bautizada al infiel. Traidora no sólo a su

marido sino a Dios. El colmo de la desvergüenza",<sup>5</sup>

En todas estas representaciones juega un papel central un hecho muy importante del que Duby se ocupa largamente en todos los casos que trabaja en este libro: a mediados del siglo XII la Iglesia hace del matrimonio uno de los siete sacramentos, a fin de asegurarse su control. Imponía al mismo tiempo no romper nunca la unión conyugal y, de forma contradictoria, romperla inmediatamente en caso de incesto, es decir, si resultaba que los cónyuges eran parientes más acá del séptimo grado (que en la aristocracia lo eran todos). Esto permitía a la autoridad eclesiástica, y de hecho al papa cuando se trataba del matrimonio de reyes, intervenir a capricho para atar o desatar y convertirse de este modo en dueño del gran juego político que en ese momento configuraba Europa.

<sup>5</sup> *Idem.*

La segunda figura que trabaja Duby es María Magdalena. Esta santa es aquella que, habiendo sido prostituta, habiéndose dejado poseer por los siete pecados capitales, arrepentida, sirvió a Jesucristo en Galilea; le siguió a Jerusalén y lo escoltó hasta el Gólgota; donde junto a la otra María, madre de Dios, asistió a su crucifixión. Luego, queriendo unguir su cuerpo muerto, al volver al sepulcro lo encontró vacío. A ella se le aparece Jesús resucitado y fue de la resurrección "el primer testigo; es decir, el apóstol de los Apóstoles" (Duby, 1990, p. 100).

Duby toma la figura de María Magdalena debido a la importancia que esta santa adquirió en el siglo XII en el marco de los movimientos en la Iglesia católica. A partir de algunos textos (sobre todo sermones de la época) describía una serie de significados que se anudaron en torno a ella:

La importancia que tomó la santa se debe al descubrimiento (o "invención") de sus restos en Vézelay, en el

sur de Francia, a lo largo de uno de los cuatro caminos que cruzan Francia para llegar a Santiago de Compostela, lugar donde descansan los restos de este apóstol, el único enterrado en esa parte de Europa.

Señala Duby que, en los textos trabajados por él, se observa que en ese tiempo "el pensamiento culto avanzaba a saltos, de palabra en palabra, de imagen en imagen. En esa figura de mujer se reflejan de forma totalmente natural otras figuras, la de la comunidad monástica; la de la institución eclesial entera",<sup>6</sup> y es así como se desarrolla su enseñanza.

La naturaleza femenina aparece en esos textos marcada por dos rasgos: la debilidad, que permite mostrar a María Magdalena como ejemplo para los hombres, ya que ella dominó su temor frente a la tumba abierta, y el amor, efervescencia de la feminidad, una virtud mayor en la

<sup>6</sup> *Ibidem*, p. 49.

De la Santa Magdalena (1990), p. 16.

que radican la perseverancia y la constancia de la santa. El mensaje es para los hombres: tienen que volverse mujeres, cultivar lo que hay de femenino en ellos para amar plenamente, como es preciso, en un discurso que suena a una especie de "rehabilitación de la feminidad".

Duby hace notar un dato importante: los sermones que se escribían nunca se dirigían de forma especial a las mujeres. Probablemente los sacerdotes consideraban prudente no evocar a propósito de las beatas la figura de María Magdalena, modelo no muy ejemplar de la santidad femenina.

«...cuando preguntaban: ¿cómo se portaba?

—Ni virgen, ni esposa, ni viuda, la Magdalena seguía siendo la marginalidad misma; y la más inquietante, por todos los pecados con que durante tanto tiempo había dejado cautivar su ser. [Por eso] los predicadores hablaban de la Magdalena a los hombres, y para despertarlos de su torpor, para

hacerlos ruborizarse de sus debilidades. Ved lo que ha podido hacer una mujer, ved su valor, su constancia. ¿Y vosotros?»

Finalmente, hay una misoginia esencial en la base de estas exhortaciones: la Magdalena es la antimujer, pero más mujer que todas, por su pecado y sus atractivos que son puestos en evidencia en los modelos de los sermones escritos sobre los textos que se refieren a ella, y que son las armas con las que el demonio ha dotado a las mujeres para llevar a los hombres a su perdición. Por eso se dirigen a los hombres, para apartarlos del pecado, presentando a las mujeres bajo el aspecto que a ellos les resultaba más terrorífico. Y en medio de eso, la figura de la Magdalena se levanta como el prototipo del arrepentimiento, "mediadora escuchada por penitente obstinada".

<sup>1</sup> *Ibid.*, p. 70.

En el siglo XII se inventó el sacramento de la penitencia como instrumento destinado a la reforma de las costumbres y a obligar a los fieles a observar sus preceptos. Este mecanismo incluía la contrición, la confesión, el rescate y la preparación. La Magdalena es la mujer pública arrepentida, y de ese modo, a parece en los modelos contruidos por los maestros de las escuelas parisinas para uso de los predicadores, en aquellos escritos que se multiplicaron durante el siglo XIII y que expresan las intenciones del aparato eclesiástico, que utiliza la figura como ejemplos de cómo vivir.

La tercera mujer que trabaja Duby en el libro reseñado es la figura de Eloísa, que comparte con María Magdalena ser propuesta como un ejemplo, ya que enseñaba que los arrebatos del amor, contenidos por la virtud, son capaces de convertir el cuerpo de mujer más puro y más riguroso que el cuerpo de hombre, aunque fuera débil y estuviera lleno de ansiedad. Pero

también era un modelo y consolación para todas aquellas nobles mujeres que, de acuerdo con su marido, entraban a edad avanzada en el convento, algunas de las cuales tal vez extrañaban los placeres que a veces habían conocido en su matrimonio.

La figura de esta mujer está sólidamente anclada en el imaginario europeo, y contiene una gran multitud de significados que le fueron atribuidos por Pedro de Cluny, Bernardo de Claraval, Jean de Meung, Petrarca, Rousseau, Diderot y Voltaire, y posteriormente por Rilke y Vaihland, entre otros poetas que retomaron su figura. Y de entre todos los significados puestos en Eloísa, el que más resalta es el del "ejemplo del libre amor que rechaza el matrimonio porque encadena y transforma en deber el don gratuito de los cuerpos; es la apasionada que ardé de sensualidad bajo su hábito monástico; es la rebelde que se enfrenta al mismo Dios; es la heroína precocisi-



ma de una liberación de la mujer".<sup>8</sup>

Se pregunta Duby, "¿cómo llega a discernir el historiador quién fue realmente esta mujer?" Y plantea que, primero, se debe desconfiar de los textos que narran esa historia del amor entre Abelardo y Eloísa, sobre todo de la supuesta correspondencia entre ambos, que el autor considera una construcción literaria que se lee como una novela cuyo protagonista es un hombre. Aunque el personaje femenino tiene más peso que en las novelas de caballería, la atención se dirige principalmente a Abelardo. Considera también que esa construcción literaria, producida en un monasterio y con un propósito de edificación espiritual, tiene un significado y la imagen que los contemporáneos se hacían de Eloísa. Es un texto que principalmente es un tratado de moral, contando una aventura que enseña a comportarse de modo con-

veniente; es un gran ejemplo que muestra cómo la mujer está en condiciones de salvar su alma, exponiendo a este efecto sobre todo que el matrimonio es bueno; luego, que puede servir de modelo a quien se cuida de instituir una relación jerárquica conveniente entre hombres y mujeres en el seno de un monasterio; por último, qué es la feminidad, sus defectos y sus virtudes específicas.

En esos momentos, la cuestión del matrimonio preocupaba a toda la gente de Iglesia. Los teólogos se preguntaban si no era peligroso colocar la institución matrimonial, entre los siete sacramentos, y el texto trabajado por Duby pone en evidencia, describiendo un caso preciso, las virtudes saludables del matrimonio.

Una vez más, en los textos trabajados se observa una gran misoginia. Un elocuente discurso sobre la superioridad de los hombres, cuyos argumentos están hábilmente puestos en boca de una mujer.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 78.

Con la siguiente mujer analizada por Duby, Iseo, continúa mostrándose la preocupación de la Iglesia por el matrimonio. Había, en el siglo XII, una gran efervescencia en relación al amor, el amor profano y el místico, que instauraba un orden nuevo en la sociedad, sin tener un lugar claro ni conocimiento sobre su relación con el deseo y su satisfacción ilícita. Por otra parte, las familias aristocráticas tenían cuidado para casar exclusivamente a uno solo de los hijos, para evitar el fraccionamiento de la herencia, cuestión que privaba de mujer legítima a la gran mayoría de los varones adultos de esta clase. También, en esa misma época la Iglesia se empeñaba en cristianizar a la clase dominante, condenando la poligamia y el incesto, pretendiendo que la nobleza compartiera su propia concepción del matrimonio.

Este panorama producía una gran contradicción: se proponía el matrimonio como único lugar autorizado para el desencadenamiento de los

impulsos sexuales, pero el matrimonio era negado a la mayoría de los hombres. Esto volvía necesaria la insistencia en la idea de la mujer como peligro, y la elaboración de un código de comportamiento que dispusiera una manera particular para las relaciones entre hombres y mujeres.

En este marco florece el amor cortés, en cuyas expresiones se transmitía una moral que pretendían propagar los príncipes mecenas. Y es el marco en el que surge la historia de Iseo y Tristán, texto en el que se ofrece materia para reconstruir una imagen que resulta muy difícil percibir, la imagen que se hacían de la mujer y del amor, hacia 1170-1180, en las cortes anglo-normandas. "La mujer aparece en estos poemas bajo múltiples caras, hasta el punto de que el historiador consigue distinguir las diferentes miradas que los hombres lanzaban entonces sobre ella".<sup>9</sup>

<sup>9</sup> *Ibid.*, p.122.

Iseo ofrecía, para la sociedad de la época, una figura ejemplar de la feminidad. Era una dama, es más, una reina, y era hermosa, en los cánones de belleza que privaban entonces y que se ligaban estrechamente con la salud y las posibilidades de maternidad. Su función en el relato consiste en realzar las virtudes viriles.

La quinta figura femenina analizada en el libro de Duby es la correspondiente a Julette, una muchacha belga con una historia poco conocida, pero de la cual se ha conservado el relato de su vida, escrito hacia 1230 por un religioso de la orden de Premontré que fue su confidente.

En este relato se hace evidente el proceso de "feminización" que el cristianismo empezaba a manifestar, que es lo que le da valor al testimonio, y que dice mucho sobre lo que los hombres de ese tiempo pensaban de las mujeres.

Por último, Duby trabaja las figuras de Soredamor y la Fenice,

quienes "no son damas. Todavía no lo son, van a serlo: Doncellas, son dominadas por el amor. Por amor se vuelven damas, y el amor, el bello amor, sigue vivo".<sup>10</sup> Estas son figuras que aparecen en Cligés, de Chrétien de Troyes, y que está compuesto como las vidas de santos. Fenice ama a Cligés, con el que se casará, igual que Soredamor amó a Alejandro, padre de Cligés, antes de casarse con él.

El tema de este poema es el amor, pero el amor en relación al matrimonio, siguiendo la línea de preocupaciones del siglo XII en torno a esta institución recientemente consagrada. De algún modo este poema es una antítesis del Tristán: la imagen de Fenice es la opuesta a la de Iseo, y es aprovechada para una lección: lo que se prohíbe no es hacer el amor sino tomar la esposa de otro, traicionar al marido. El matrimonio

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 149.

es planteado como la realización y una especie de repercusión del amor.

Una vez más, el héroe de este texto es un hombre, aunque el curso de los acontecimientos esté completamente gobernado por mujeres, mujeres que controlan todos los hilos de la intriga amorosa.

Estas mujeres se presentan con un destino ineludible: van a caer, vencidas por el amor, por el deseo del hombre y por su propio deseo:

Pero los hombres son invitados a no seguir divirtiéndose con las de los otros, a no tomar por la fuerza la virgen que les tienta, a no atacarla mientras no estén seguros de su conformidad y, si ella consiente, a no tomarla más que en buena y debida forma, haciendo de esa amiga una esposa.<sup>10</sup>

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 162.

En este punto, Duby está hablando de cómo las costumbres de 1176 se estaban modificando en la alta aristocracia de Francia, y como causas de estas modificaciones señala que a través de la difusión de las ideas del amor cortés es menos importante que los varones se muestren devastadores. Poco a poco va penetrando un código en el que esa recopilación de prescripciones va instituyendo lo que entonces se llama cortesía, y que exige de estos hombres el dominio de sí mismos, contener sus pulsiones, sus deseos y no apoderarse ya brutalmente de su presa. Por otra parte, el momento de despegue de la economía mercantil de entonces altera la necesidad de restringir el matrimonio a uno solo de los hijos y los futuros caballeros aprenden que todos tienen posibilidades de recibir a una mujer, por lo que los rituales amorosos comienzan a desarrollarse únicamente al margen de la conyugalidad. Al mismo tiempo se reafirma la idea

de la Iglesia de que el único fin del matrimonio debe ser la procreación:

Estas fueron las siete figuras que Duby escogió para delimitar el campo en el que ha desarrollado su investigación; y que al reconstruirlas le permiten hacer algunas afirmaciones importantes: los rasgos mayores que para los contemporáneos de esas mujeres definían la situación de lo femenino en el orden del mundo, tenían como base la idea de que la mujer es, ante todo, un objeto que es parte de los bienes de los hombres y que, para afirmar su propia gloria, es expuesta a su lado. En su misma condición de objeto, debe ocultarse a la vista de los demás hombres para que no se apoderen de ella. Así se crea un espacio cerrado reservado a las mujeres y controlado por los hombres, quienes rigen el tiempo de las mujeres y les asignan tres estados sucesivos: hijas, esposas, viudas, en todos los casos subordinadas a los hombres.

Sin embargo, se ha visto que las

mujeres no se dejan dominar tan fácilmente y por eso los hombres del siglo XII les temen y las juzgan como malas por naturaleza: la mujer lleva en sí el pecado y la muerte. Es débil, miente, y es engañadora; pero también tierna, lo cual enseña que, a pesar de todo, en lo femenino hay un valor, esa pulsión cuyo resorte está en la carne y que lleva a amar.

En la idea anterior, considera Duby, es una expresión de la influencia del pensamiento de San Agustín, Padre de la Iglesia, muy difundido en el siglo XII. A partir de una reflexión suya en torno al *gender*, sobre las relaciones entre lo masculino y lo femenino, se comienza a filtrar la noción de cómo desde el origen ambos rasgos están a la vez en la criatura humana. Igualmente, es San Agustín quien plantea que en la mujer no todo es animalidad: algo tiene de razón, si bien que menor porque en ella predomina el deseo. Es un peligro, pero también una fuerza.

Para terminar su estudio, Duby lanza la observación de que en el siglo XII se estaba dando un movimiento de promoción a la mujer que fue producido por la toma de conciencia de que "como Magdalena, o como Eloísa, puede [la mujer] ser mostrada como ejemplo a los hombres porque a veces la mujer es más fuerte que ellos. Esa fuerza nace en la abundancia de su naturaleza animal, en esa sensualidad que la vuelve más presta a inflamarse, a arder de amor",<sup>4</sup> observación que da cuenta de que en la Europa del siglo XII se apreciaban los valores del amor, que parecía aumentar la calidad de las relaciones y de las funciones que cada sexo tenía, y que produce que las trabas estrictas que atrapaban a las mujeres en esa época comenzaran a hacerse más flexibles.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 171.

<sup>5</sup> Duby, *Historia del amor*, p. 171. Véase también Duby, *Historia del amor*, p. 171. Véase también Duby, *Historia del amor*, p. 171.

Por todo esto, *Mujeres del siglo XII* es un libro muy ilustrativo; además de la gran cantidad de datos que sobre ese momento proporciona Duby, es un excelente texto que muestra la manera en que el autor logra tejer su concepción de la historia; la relevancia que asigna a la posibilidad de escribir una historia de las mujeres, y las estrategias metodológicas que hay que articular para lograr extraer de las voces y las miradas masculinas información sobre la existencia de mujeres que son el resultado de construcciones culturales determinadas por la manera en que, en momentos precisos, se pretende dar una respuesta al eterno enigma de la diferencia sexual acorde con el contexto general del proceso social.

Por todo esto, *Mujeres del siglo XII* es un libro muy ilustrativo; además de la gran cantidad de datos que sobre ese momento proporciona Duby, es un excelente texto que muestra la manera en que el autor logra tejer su concepción de la historia; la relevancia que asigna a la posibilidad de escribir una historia de las mujeres, y las estrategias metodológicas que hay que articular para lograr extraer de las voces y las miradas masculinas información sobre la existencia de mujeres que son el resultado de construcciones culturales determinadas por la manera en que, en momentos precisos, se pretende dar una respuesta al eterno enigma de la diferencia sexual acorde con el contexto general del proceso social.